

La gloria de la unidad

1. Comentario del texto

En la oración sacerdotal de Jesús, cuando pide al Padre por sus discípulos, presentes y futuros (Jn 17,20), hay una expresión que en apariencia resulta algo extraña. Jesús ruega que la gloria que el Padre le ha dado sea entregada también a sus discípulos, “para que sean uno como nosotros somos uno” (Jn 17,22). La extrañeza surge ante la pregunta sobre qué relación tiene la gloria con la unidad: ¿Cómo es la gloria que el Padre ha dado a Jesús, y que Jesús pide para nosotros, para que esa gloria pueda ser fundamento de la unidad cristiana?

El término usado para gloria (δόξα) puede tener en griego el sentido de una apariencia deslumbrante y, por ello, también el sentido de una opinión superficial que no alcanza la verdadera realidad de algo. Sin embargo, en un contexto semítico, la gloria tiene otros matices. Desde el punto de vista hebreo, la gloria es כבוד (*kābōd*), que sugiere el “peso” que alguien tiene o recibe de otros. También en castellano podemos hablar de “una opinión de peso” o “una persona de peso” para referirnos a su importancia o a su “gravedad”. Desde este punto de vista, la gloria no es algo aparente y superficial, sino una dimensión real de aquéllas personas u opiniones que tienen peso. No se trata, sin embargo, de un concepto puramente individual: la gloria es otorgada por otros, que nos “dan peso” o nos “engordan” cuando alaban o reconocen a una persona o sus palabras. En este caso, la persona recibe verdaderamente un “peso” o una “gravedad”, que configura su importancia social respecto a otras personas. La gloria viene de otros. Si uno se diera la gloria a sí mismo, estaríamos ante algo absurdo, porque esa gloria no sería nada (Jn 8,50.54). De ahí que, desde un punto de vista semita, lo importante no sea distinguir, como los griegos, entre la apariencia superficial y la realidad profunda, sino más bien preguntarse de dónde viene la gloria, quién es el que la da.

En el evangelio de Juan encontramos precisamente la diferencia entre dos tipos fundamentales de gloria: la gloria que viene de Dios y la gloria que viene de los hombres. Esta diferencia es una tensión, pues el miedo al rechazo social y el deseo de recibir el reconocimiento de los demás impide que las personas, especialmente las más importantes socialmente (ἐκ τῶν ἀρχόντων), crean en Jesús. La gloria de los hombres lleva a menospreciar la gloria que viene de Dios (Jn 5,44;12,42-43). Esto nos muestra ya un aspecto decisivo de la fe cristiana. La fe cristiana no es un fenómeno puramente individual o interior, sino que abarca todas las dimensiones del ser humano, incluyendo las relaciones sociales. Quien cree en Jesús, deja de pertenecer al mundo. Por supuesto, no se trata de dejar de vivir en la Tierra o de dejar de amar el mundo que Dios tanto ama (Jn 3,16), sino de dejar de pertenecer al sistema (κόσμος) social de mutuos reconocimientos y aprobaciones, al ejemplo del mismo Jesús, que no recibió la gloria de los hombres (Jn 5,41). El cristiano está en el mundo, pero no pertenece al mundo (Jn 17,14-15), y precisamente por ello tampoco va a recibir la gloria de los hombres, sino la gloria de Dios.

¿En qué consiste la gloria de Dios? En su sentido pleno, la gloria de Dios consiste en estar unido a Él, con total independencia del mundo, del mismo modo en que lo estaba Jesús antes de la creación (Jn 17,5). Pero esa gloria también se puede vivir en el mundo, tal como Jesús. La gloria de Jesús es una vida en gracia y en verdad (Jn 1,14). Los milagros de Jesús pueden verse como manifestaciones de su gloria. Pero démonos cuenta de algo importante. No se trata, en estos casos, de la gloria que Jesús recibe de los hombres, como si los milagros fueran hechos extraordinarios destinados a obtener el reconocimiento del mundo. Los milagros de Jesús manifiestan expresamente la gloria de Dios (δόξα τοῦ θεοῦ), es decir, el reconocimiento que Dios le da a Jesús, y precisamente por eso sus discípulos creen en él (Jn 2,11; 11,4). En lugar de un reconocimiento del mundo, tenemos más bien la trasmisión de algo que comienza en Dios y que Jesús entrega para beneficio de los demás, y eso consiste su gloria (Jn 16,14-15).

Tal vez por eso la gloria de Dios tiene que ver con el vaciamiento de uno mismo. En el evangelio de Juan, la glorificación de Jesús se relaciona con su “hora”, en clara alusión a lo que iba a suceder en la Pascua (Jn 7,39; 17,1). Contra lo que se pudiera pensar, esta gloria no se refiere primeramente a la resurrección. Es algo que se nos dice expresamente en el evangelio de Juan: la glorificación de

Jesús consiste precisamente en que el grano de trigo caiga a tierra y muera. Y esto significa de nuevo una ruptura con el mundo (Jn 12,23-26). Obviamente, el mundo no alaba ni sigue a los fracasados o a los crucificados. Jesús crucificado es precisamente quien no ha recibido la gloria de los hombres, sino su rechazo. Sin embargo, precisamente en ese rechazo, Jesús recibe la gloria de Dios. No es de extrañar que, en el evangelio de Juan, la muerte, la resurrección, y la entrega del Espíritu estén tan íntimamente unidas.

Desde aquí podemos regresar al comienzo. Juan nos dice (Jn 17,22) que la gloria que Jesús recibió ya ha sido entregada a nosotros (δέδωκα). No es algo que tengamos que conquistar por nuestras fuerzas, sino un don de Dios. Ya hemos recibido la gloria de Dios: la unidad eterna con el Padre, la vida en gracia y en verdad, la posibilidad de dar a otros lo recibido, la muerte y la resurrección con Jesús. Es un don que ya tenemos. Nuestra tarea consistirá más bien en vivir en ese don y en permitirlo fructificar. Y ahora vemos que ese don de la gloria está directamente relacionado con la unidad, al menos por dos razones. En primer lugar, porque la gloria de Dios nos saca del sistema de reconocimientos y aprobaciones que constituye el mundo, haciéndonos miembros de la comunidad de Jesús. En segundo lugar, porque la gloria de Dios nos permite morir a nosotros mismos, y solamente quienes mueren a sí mismos pueden alcanzar la unidad plena con los demás. Esta unidad no es, claro está, un desinterés por el mundo, sino un servicio a él. La unidad cristiana, precisamente porque no es algo que surge del sistema del mundo, es algo que da testimonio en el mundo de la novedad radical de lo que Dios ha hecho: amarnos tanto como amó al mismo Jesús (Jn 17,23).

2. Relevancia actual para los anabaptistas junto con algunas preguntas

Con frecuencia, tanto la diferencia con el mundo como la unidad las vemos en términos de actividades, signos, y prácticas. Un ejemplo puede ser el de no vestir como el mundo, sino vestir de una manera más o menos característica. No se trata de negar la importancia de algunos signos concretos, pues la vida humana está hecha de símbolos. Sin embargo, el evangelio de Juan pone el énfasis en algo más importante: ¿De dónde recibimos la gloria? ¿De quién o quiénes buscamos aprobación? ¿Cuáles son nuestras relaciones significantes? ¿Tenemos alguna posición social que defender interesadamente?

Por otra parte, la alternativa al sistema de reconocimientos del mundo está en la gloria de Dios. Como anabaptistas podemos defender ciertos ideales y principios que ocasionalmente el mundo puede alabar, tales como el pacifismo, la comunidad, o el servicio social. Pero en éstos o en otros valores menos populares también podemos experimentar rechazo y persecución. Sin una verdadera unidad con Dios, sin una verdadera pasión por su gloria, es difícil que podamos resistir en los momentos de rechazo. ¿Cómo estamos en nuestra vinculación con Dios? ¿Tenemos una vinculación con Dios que nos permita superar el rechazo de otros? ¿Nos gozamos en la gloria que ya hemos recibido de Dios?

La gloria de Dios incluye el vaciamiento de nuestros propios intereses, y nuestra disponibilidad a dar la vida por otros. La muerte a nosotros mismos no es una aniquilación de nuestra personalidad, sometiéndola a reglas y normas. Más bien se trata de una liberación de nosotros mismos, de nuestros propios intereses, de nuestros miedos y seguridades, para poder vivir vidas llenas de gracia y de verdad. No hay vida plena y abundante sin cruz. ¿Qué miedos nos impiden la muerte a nosotros mismos? ¿De qué cruces escapamos? ¿Hemos experimentado que la muerte nos da vida?